

# Democracia radical: nueva utopía de la izquierda en América Latina

Aníbal Romero

*H*abiéndose derrumbado la utopía socialista, de una manera tan radical y súbita, sin que a nadie pueda culparse del hecho sino al mismo sistema, no quedaron caminos para reconstruir de alguna manera la ideología colectivista. De ahí que los continuadores honestos de este pensamiento encuentren dificultades para su resurrección. Los deshonestos, queriendo tapar el sol con las manos, simplemente se reafirman en su vieja fe y se hunden, de esa manera, en un fundamentalismo de tipo religioso, fuera del análisis racional. Es importante examinar qué está sucediendo en este sentido en la izquierda latinoamericana.



## *El "Compromiso Democrático" de la izquierda latinoamericana*

¿TIENE SENTIDO PREOCUPARSE POR LA IZQUIERDA latinoamericana actual? ¿No estamos acaso todos de acuerdo en que la izquierda aprendió las lecciones correctas luego de las duras experiencias de los años sesenta y setenta, producto de las derrotas guerrilleras, de los fracasos cubano y nicaraguense, y del derrumbe de la utopía socialista en la URSS y Europa Central? Ciertamente,

como bien apunta Cavarozzi<sup>1</sup>, la izquierda latinoamericana atraviesa un período de debilitamiento y creciente heterogeneidad, tanto organizativa como programática. No obstante, existe una casi unánime convicción entre los analistas según la cual la izquierda latinoamericana ha extraído enseñanzas positivas de un proceso que le condujo, estos pasados treinta años, desde las ilusiones del

“foquismo” guevarista y la utopía del “hombre nuevo” revolucionarios, al presente compromiso con la democracia.

Algunos ejemplos de esa difundida convicción pueden ser útiles:

“La mayor parte de la izquierda y sectores de la derecha en América Latina están realizando una auténtica y positiva reevaluación de la democracia. La democracia política en el sentido estricto (institucional) de la palabra —vinculada al modelo liberal-constitucional, con garantías a los derechos individuales, libertad de asociación, y elecciones competitivas— ya no es, como antes, desdeñada como algo puramente formal”<sup>2</sup>.

“La democracia, menospreciada por la izquierda durante la década de los sesenta y parte de los setenta como un procedimiento vacío, una falacia formal, fue descubierta de nuevo en las

prisiones y cámaras de tortura bajo diversas dictaduras... Los procedimientos democráticos —hallados a través de un doloroso camino de aprendizaje— no eran la estructura vacía de contenidos que la izquierda por años desdeñó”<sup>3</sup>.

“El nuevo compromiso democrático de la izquierda latinoamericana se ha encarnado en un concepto pluralista, mediante el cual la unidad inter-partidista ahora envuelve una mayor diversidad de posiciones ideológicas en la izquierda de lo que fue el caso durante el período de los frentes populares en los años treinta”<sup>4</sup>.

“Una experiencia vital —los padecimientos bajo el autoritarismo... condujo (a la izquierda) a la revalorización de las instituciones de la democracia política”<sup>5</sup>.

“El proceso de la democratización política adquirió autonomía y

valor en cuanto tal, lo que es uno de los más grandes logros producidos bajo las dictaduras”<sup>6</sup>.

De acuerdo a estas interpretaciones, ahora predominantes, la izquierda ha abrazado con fervor la democracia política, que antes era subestimada como “meramente formal”. Jorge Castañeda habla del “imperativo democrático” de la izquierda, y ha llevado las cosas al punto de afirmar, con una seguridad que no deja de sorprender, que “en la inmensa mayoría de los casos, ha sido la Izquierda la que ha tenido las posiciones más consecuentes en cuanto a la lucha por la democracia, bajo regímenes autoritarios o en situaciones de transición”<sup>7</sup>. En resumen, como lo expresa Rénique, “el desplazamiento de la revolución por la democracia como categoría central en el debate político e intelectual de la izquierda es un patrón común”<sup>8</sup>. Pareciera, por tanto, que la izquierda latinoamericana ha experimentado una transformación fundamental, una especie de revelación, algo así como un renacimiento espiritual expuesto en claves enigmáticas, que, como veremos, no son fáciles de descifrar.

En efecto, son dos las aseveraciones que los revisionistas de la izquierda hacen: 1) que se ha producido un proceso de aprendizaje político creativo por parte de la izquierda latinoamericana; 2) que este aprendizaje ha conducido a una más adecuada comprensión y defensa de la democracia.

A mi modo de ver, no obstante, estas afirmaciones no son correctas. Pienso, y así intentaré mostrarlo, que la izquierda latinoamericana ha aprendido poco. No se trata de afirmar que su recientemente adquirido compromiso con la democracia “formal” sea fraudulento o engañoso, el resultado temporal de la dura y aún reciente experiencia de la represión autoritaria. Se trata, más bien, de sostener que ese aprendizaje es incompleto y simplista, sustentado en una limitada y errada visión del contenido y significado de la democracia en su desarrollo contemporáneo, así como en la persistencia —en el campo de la izquierda— de un confuso y peligroso apego al socialismo, un apego que pone en peligro los escasos logros realizados en función de un mayor compromiso con la “democracia formal”.

1/ Marcelo Cavarozzi, “The Left in Latin America: The Decline of Socialism and the Rise of Political Democracy”, in J. Hartlyn, L. Schoultz, and A. Varas, eds., *The United States and Latin America in the 1990s: Beyond the Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press), págs. 101-102.  
2/ Guillermo O’Donnell, “The United States, Latin America, Democracy: Variations of a Very Old Theme”, in K. J. Middlebrook and C. Rico, eds., *The United States and Latin America in the 1980s*, (Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press, 1986), pág. 358.  
3/ Gustavo Gorriti, “Commentary on *Utopia Unarmed*. Beyond the Epics of Failure: The Post-Utopian Left”, *Journal of Latin American Studies and World Affairs*, 1 (Spring 1994), pág. 170.  
4/ Steve Ellner, “The Latin American Left since Allende: Perspectives and New Directions”, *Latin American Research Review*, 2 (1989), pág. 163.  
5/ Juan Carlos Torres, “América Latina: El Gobierno de la Democracia en Tiempos Dificiles”, *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 9 (Enero-Abril 1995), pág. 11.

6/ Manuel A. Garratón, *Transformaciones Socio-Políticas en América Latina, 1972-1992*, (Santiago: Ediciones FLACSO, 1993, mimeo), pág. 9.  
7/ Véase Julio Ortega, “Jorge Castañeda: El Imperativo Democrático”, *Socialismo y Participación*, (Septiembre 1993), pág. 6.  
8/ José L. Rénique, “La Izquierda Latinoamericana: ¿Epitafio o Nuevo Comienzo?” *Socialismo y Participación*, (Septiembre 1994), pág. 65.

## El aprendizaje político de la Izquierda

LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA QUIERE LA DEMOCRACIA, pero también quiere el socialismo. El enorme costo y dramático fracaso del radicalismo revolucionario de los sesenta y setenta convenció a muchos sobre el valor de la democracia, pero no les hizo olvidar la utopía. Por ello, aún cuando la mayoría de los que a sí mismos se definen como parte de la izquierda dicen querer la democracia, su persistente búsqueda de un siempre ambiguo y confuso socialismo les conduce a proponer una también confusa y ambigua democracia radical, que se ha convertido en la nueva utopía de la izquierda latinoamericana.

Lo que este proceso político-ideológico pone una vez más de manifiesto, es la validez de la afirmación de Schumpeter según la cual "El socialismo significa ante todo un nuevo mundo cultural... De allí que ningún argumento exclusivamente económico a su favor o en su contra pueda jamás ser decisivo"<sup>9/</sup>. La utopía socialista es capaz de resistir los más severos reveses, y es evidente que para la izquierda latinoamericana contemporánea, si bien es cierto que la democracia se ha convertido en algo aceptable y hasta deseable,

también lo es que el socialismo sigue siendo el objetivo último de la lucha. De allí que lo que se proponga sea alcanzar el socialismo a través de la "democratización de la democracia", de la "democracia radical". La izquierda latinoamericana ya no desdén la "democracia formal", pero a la vez la admite como una especie de instrumento hacia una "democracia social y económica" que, en términos prácticos, no es otra cosa que un modo diferente de referirse al socialismo como modelo económico sustentado en el control colectivo de los medios de producción.

La insatisfacción de la izquierda con la democracia en el capitalismo, está estrechamente vinculada a la incesante búsqueda de una utopía, o, dicho en otras palabras, al intento de construir una sociedad igualitaria, en la que se combinen la abundancia económica, la libertad política, y la igualdad de todos. A diferencia de la utopía socialista, el capitalismo democrático no presume ser capaz de resolver todos los problemas, de eliminar la pobreza y acabar con el sufrimiento. Es claro que en un mercado competitivo algunos ganan y otros pierden, unos

obtienen más y mejores beneficios que otros, y lo que al final se espera es que una mayoría mejore su nivel de vida. Para el mundo cultural socialista, de otro lado, la búsqueda de soluciones "totales" es un ingrediente ideológico clave o al menos una tentación permanente<sup>10/</sup>.

Algunos, muy pocos representantes de la izquierda latinoamericana, han comprendido la estrecha conexión que existe entre capitalismo y democracia (entendida en su sentido de democracia liberal) pero la mayoría pretende abrazar la democracia y al mismo tiempo conquistar el socialismo. Un caso excepcional es el del ex-guerrillero salvadoreño Joaquín Villalobos quien escribió en 1993 que "Si se es anti-capitalista no se puede ser seriamente democrático"<sup>11/</sup>. En el otro extremo se encuentran posiciones como las de James Petras y Steve Vieux para quienes "La economía de libre mercado y la

democracia son incompatibles"<sup>12/</sup>. La actitud predominante, no obstante, intenta ubicarse en un punto medio, expuesto así por Castañeda: "la economía de mercado y la democracia política necesariamente no van juntas en todo momento y en todo país, y la una no obliga necesariamente a la existencia de la otra"<sup>13/</sup>. Por ello, en su conocido libro, Castañeda insiste que las naciones latinoamericanas —y, por supuesto, la izquierda— deben oponerse a las "perspectivas norteamericanas de libre mercado"<sup>14/</sup>.

En vista de que el sector mayoritario de la izquierda latinoamericana continúa rechazando el capitalismo, la orientación ideológica dominante coloca el énfasis sobre nuevas formas de democracia y participación, más que sobre el tema de la propiedad pública de los medios de producción<sup>15/</sup>. Ahora bien, ¿cuál es esa nueva

9/ Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3rd ed., (New York: Harper & Row, 1950), pág. 170.

10/ See Seymour Martin Lipset, "Reflections on Capitalism, Socialism and Democracy", *The Journal of Democracy*, 2 (April 1993), págs. 42-55.

11/ Comisión Política PRS-ERP, *Izquierda, Democracia Representativa, Mercado* (San Salvador, Septiembre 1993), 4. Este punto de vista es compartido por Mario Payera, fundador del Ejército Guerrillero de los Pobres en Guatemala, véase su artículo "Asedio a la Utopía", en A. Argüiano, ed., *El Socialismo en el Umbral del Siglo XXI* (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1991), págs. 299-307.

12/ J. Petras and S. Vieux, "The Transition to Authoritarian Electoral Regimes in Latin America", *Latin American Perspectives*, 4 (Fall 1994), pág. 19. Véase J. Petras and M. Morley, *Latin America in the Time of Cholera* (New York: Routledge, 1992), págs. 185-195.

13/ Ortega, "Jorge Castañeda" págs. 4-5.

14/ Jorge Castañeda, *Utopía Unarmed: The Latin American Left after the Cold War* (New York: A. Knopf, 1993), pág. 317.

15/ Véase Steve Ellner, "The Changing Status of the Latin American Left in the Recent Past", in: B. Carr and S. Ellner, eds., *The Latin American Left: From the Fall of Allende to Perestroika* (Boulder: Westview Press, 1993), pág. 16.

democracia? El mayor número habla de una democracia radical que “está aún por formularse”<sup>16</sup>; otros hacen referencia a una nebulosa democracia socialista, a un colectivismo democrático inspirado por las “comunidades indígenas” de América Latina<sup>17</sup>.

¿Puede sacarse algo en claro de todo esto? Pienso que sí:

1) La izquierda latinoamericana sigue afianzada a la utopía socialista. Sin embargo, debido a su compromiso democrático, la izquierda latinoamericana aspira a construir una democracia sin capitalismo. El argumento es que la democracia política, aunque es deseable, no es suficiente. Hay que ir más allá, hasta alcanzar una democracia “auténtica” y “verdadera”<sup>18</sup>. Esa democracia “social y económica”<sup>19</sup> no es, de acuerdo al pensamiento de la izquierda, realizable a través de una economía de mercado capitalista. Por ello, el reto que sigue planteado es el de —en palabras de Chilcote— “la transición a una sociedad mejor

a través de la democracia y el socialismo”<sup>20</sup>. Resulta imposible, no obstante, hallar en el campo del pensamiento de la izquierda latinoamericana actual una formulación medianamente precisa de qué es ese socialismo al que se refieren, o de qué se trata la “democracia participativa directa”<sup>21</sup>. Tampoco queda claro de qué modo aspira la izquierda evitar el bien conocido proceso que conduce desde la eliminación de la economía de mercado hasta la eliminación de la democracia y las libertades individuales, es decir, el camino socialista desde el anti-capitalismo hasta la dictadura a través de la llamada “democracia popular”.

2) En ocasiones, algunos pensadores del campo de la izquierda parecen sugerir que lo que desean es una especie de Estado benefactor, y Castañeda ha indicado que se puede ser de izquierda y al mismo tiempo ser “partidario de cierto mercado”<sup>22</sup>, eso sí, controlado por un Estado que debe

“proveer educación, proveer salud, proveer infraestructura, invertir en la gente, erradicar la pobreza, crear marcos regulatorios”. De inmediato, sin embargo, el propio Castañeda retorna a la realidad desde el mundo de las fantasías y señala: “El problema que no está del todo claro es de dónde va a venir la plata para hacer todo esto”<sup>23</sup>. Uno no sabe si tomar en serio semejantes planteamientos. Lo que sí hay que enfatizar, a pesar de la confusión, de las ambigüedades y evasiones que caracterizan el pensamiento de la izquierda latinoamericana contemporánea, es que resulta difícil conciliar esos buenos deseos con la defensa del socialismo, aún cuando le denominen una “visión revisada” del mismo<sup>24</sup>.

3) La debacle ideológica de la izquierda latinoamericana tiene sus raíces en el fracaso del socialismo soviético, la aplastante desilusión de la Revolución Cubana, y la crisis de la matriz estatista de desarrollo en la región en los setenta y ochenta. Esta debacle no ha producido, a mi modo de ver, un adecuado aprendizaje

político por parte de la izquierda, pues sólo se han extraído lecciones parciales sin llegar hasta lo que constituye el problema central: la imposibilidad de conciliar socialismo y libertad.

Entendemos acá por “aprendizaje político” un proceso de cambio cognoscitivo, “a través del cual la gente modifica sus creencias y tácticas como resultado de severas crisis, frustraciones, y dramáticos cambios en su medio ambiente (social)”<sup>25</sup>. Ese aprendizaje puede ser creativo, patológico o meramente viable. En el primer caso, el aprendizaje del actor político aumenta su capacidad de absorción de información desde el ambiente externo. Si el proceso de aprendizaje es patológico, se reduce la capacidad para aprender y controlar su comportamiento. Por último, si el proceso de aprendizaje es meramente viable, éste ni aumenta ni reduce las capacidades del actor político para continuar aprendiendo posteriormente<sup>26</sup>. A mi modo de ver, el proceso de aprendizaje de la izquierda latinoamericana a partir de la crisis experimentadas en décadas recientes ha sido parcialmente patológico; es decir, en lugar de

16/ Rénique, “La Izquierda Latinoamericana”, pág. 65.

17/ Petras and Morley, *Latin America in the Times of Cholera*, pág. 1-3.

18/ Anthony P. Maingot, “Commentary on Utopia Unarmed”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 1 (Spring 1994), pág. 179.

19/ Torres, “América Latina: El Gobierno...” pág. 11.

20/ Ronald H. Chilcote, “Left Political Ideology and Practice”, in Carr and Ellner, eds., *The Latin American Left*, pág. 184.

21/ Ibid.

22/ Ortega, “Jorge Castañeda” pág. 12.

23/ Ibid.

24/ Ellner, “The Changing Status...” pág. 17.

25/ Nancy Bermeo, “Democracy and the Lessons of Dictatorship”, *Comparative Politics*, 3 (April 1992), pág. 274.

26/ Karl W. Deutsch, *The Nerves of Government* (New York: The Free Press, 1963), pág. 169.

que ese proceso haya acrecentado las capacidades de aprender más, las ha cerrado. Lo sostengo así en vista de la incapacidad mostrada hasta el presente por la izquierda para abandonar de una vez por todas la utopía socialista, aún después del colapso de la URSS, del evidente fracaso cubano, y de las incontables evidencias sobre la estrecha relación entre la democracia liberal —que es la única forma de democracia que en efecto protege la libertad individual— y la economía de mercado (un punto al que retornaré más adelante).

4) Este proceso patológico de aprendizaje no debe ser subestimado ni en su impacto teórico ni en sus consecuencias prácticas. Desde el punto de vista teórico, es necesario replantear el debate sobre la naturaleza de la democracia, e intentar aclarar la confusión generada por la adopción de un compromiso democrático, combinado con la sobrevivencia de la utopía socialista, en el campo de la izquierda. Desde una perspectiva política práctica, y a pesar de la presente debilidad concreta de la izquierda en

América Latina, el pensamiento radicalizante sigue ejerciendo relevante influencia en el ámbito cultural latinoamericano<sup>27</sup>. En las actuales y previsibles circunstancias, cuando numerosas naciones en la región están intentando, con base en grandes esfuerzos y sacrificios, incorporarse a las corrientes de cambio modernizador en dirección a la democracia y el mercado, la influencia de la izquierda puede resultar pernicioso, y como mínimo obstaculizar los cambios y confundir la sustancia de los problemas. Esta posibilidad no escapa a algunos en el campo de la izquierda, quienes están conscientes de que “los problemas de la pobreza y extremas desigualdades en América Latina se han intensificado por la crisis económica de los ochenta y noventa”, lo cual podría conducir a la izquierda a “recuperarse de su desorientación ideológica reasumiendo la crítica del capitalismo...”.<sup>28</sup> Este peligro, el del resurgimiento político e ideológico de una izquierda

todavía más confundida que en el pasado, que ha aprendido

poco y lo ha aprendido mal, no es subestimable.

### *El tema de la democracia*

PARA LA IZQUIERDA EN GENERAL —NO SÓLO EN AMÉRICA LATINA— la democracia política a secas sigue siendo insatisfactoria. Esto se percibe, por ejemplo, en uno de los libros más influyentes en torno al tema de la democratización publicados en años recientes en Estados Unidos, en el cual se afirma que “en el mundo contemporáneo, estas dos transiciones —a la democracia política y al socialismo— se encuentran simultáneamente en la agenda”<sup>29</sup>. La izquierda se siente infeliz con la democracia liberal y añora el socialismo. Las raíces de este fenómeno se encuentran no solamente en el apego a la utopía socialista sino también en el propio desarrollo de la idea de democracia.

El problema se acentúa en una época como la nuestra, caracterizada por una casi universal aprobación de la democracia que marcha unida a la más amplia confusión acerca de su significado<sup>30</sup>. Como han señalado Sabine y otros<sup>31</sup> la Revolución Francesa dió origen a una tradición democrática que es marcadamente diferente a la tradición liberal inglesa y norteamericana. Las conexiones entre esta tradición radical y el marxismo han sido bien exploradas por C.B. Macpherson<sup>32</sup>, quien con acierto vincula el radicalismo democrático con Rousseau<sup>33</sup>. La crítica de Macpherson a la concepción liberal de la democracia se sustenta en el principio de privilegiar o dar prioridad, explícita o implícita-

27/ Como lo expresa Torres, “la tradición intelectual predominante en América Latina enfatiza la teoría de la dependencia y la lucha de clases”, es decir, es una tradición intelectual fuertemente izquierdista. Véase J. C. Torres, “América Latina: El Gobierno...”, pág. 11.

28/ S. Ellner, “The Changing Status...”, pág. 17.

29/ Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter and Laurence Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, Vol. IV, 1986), pág. 13.

30/ Véase Russell L. Hanson, “Democracy”, in: T. Ball, J. Farr and R.L. Hanson, eds., *Political Innovation and Conceptual Change* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989), pág. 69.

31/ Georges Sabine, “The Two Democratic Traditions”, *The Philosophical Review*, 4 (October 1952), págs. 451-474; J.L. Talmon, *The Rise of Totalitarian Democracy* (Boston: Beacon Press, 1952). En palabras de Tony Judt, después de la Revolución Francesa, “Una democracia universal e indiferencia reemplazó la idea de libertad como subtexto del lenguaje republicano dominante”, en: *Past Imperfect: French Intellectuals 1944-1956* (Berkeley: University of California Press, 1992), pág. 294.

32/ Véase, C. B. Macpherson, *The Real World of Democracy* (Oxford: Oxford University Press, 1966).

33/ Jean Jacques Rousseau, *The Social Contract* (Indianapolis: Hackett Publishers, 1987), págs. 26, 56, 74, 79, 82.

mente, al valor de la *igualdad* con respecto al de la *libertad*<sup>34</sup>. Según Macpherson, la democracia es un producto relativamente tardío de la economía de mercado, cuya necesidad inicial —en función de promover la competencia— era un Estado liberal. Rueschemeyer, Huber Stephens and Stephens también argumentan que:

“...el capitalismo crea presiones democráticas a pesar de los capitalistas, no a causa de ellos. La democracia fue resultado de la naturaleza contradictoria del desarrollo capitalista, el cual, por necesidad, dió origen a clases sociales subordinadas, en particular la clase obrera, con capacidad para auto-organizarse”<sup>35</sup>

Fue entonces necesario para la democracia ajustarse a las exigencias del “individualismo posesivo”<sup>36</sup>, que dinamiza tanto a la economía de mercado como al Estado liberal. Las desigualdades que genera una sociedad abierta y liberal sustentadas en el mercado son la fuente de la insatisfacción de Macpherson y otros críticos, quienes terminan o bien retornando

a la propuesta de un siempre difuso socialismo, o bien —y éste es el caso particular de Macpherson— proponiendo una transformación en la propia concepción de la naturaleza esencial del hombre, para dar el paso desde el “individualismo posesivo” al igualitarismo<sup>37</sup>. De este modo, la democracia sustantiva reemplazaría a la meramente formal del *laissez-faire*, en tanto que la industria, la sociedad y el gobierno se organiza de acuerdo a principios más equitativos<sup>38</sup>.

Es importante constatar que también desde el pensamiento político de la derecha se ha señalado la tensión y, en términos de Schmitt, “precaria alianza” de la democracia con el liberalismo. Para Schmitt, esta “unidad contradictoria” tendría eventualmente que resolverse a favor de alguno de los elementos que le dan forma: o bien el individualismo liberal o bien la homogeneidad democrática. Con poderosa claridad Schmitt distingue entre la inquietud central del liberalismo, que se refiere a la limitación del poder del gobierno y a la preservación de una esfera de libertad inviolable para el

individuo, por un lado, y por otro lado la inquietud primordial del pensamiento democrático, que tiene que ver con la voluntad de la mayoría como mecanismo de definición de la legitimidad de la autoridad política:

“El principio democrático demuestra su poder político conociendo cómo rehusar o mantener a raya algo extraño y desigual que afecta su homogeneidad. La cuestión de la igualdad no es un asunto abstracto, propio de juegos lógico-aritméticos. Tiene que ver con la sustancia de la igualdad... La voluntad general de Rousseau es en verdad homogeneidad. Esta es la democracia verdadera y consecuente. Según el *Contrato Social*, el Estado se sostiene no propiamente en un contrato sino esencialmente en la homogeneidad, a pesar del título del libro y de la teoría contractual dominante. La identidad democrática de gobernantes y gobernados surge de allí”<sup>39</sup>.

La tendencia a la *homogeneización*<sup>40</sup> de la sociedad es la clave para entender el radicalismo democrático. Esta tendencia, y el principio de la voluntad de la mayoría, han contribuido decisivamente a dar a la democracia el carácter de *único* principio de legitimación de la autoridad política en nuestro tiempo. Por ello, como apunta Heller, “...ni la dictadura bolchevique ni la fascista pueden ser legitimadas de modo trascendente y autocrático, sino que ambas han de legitimarse ante la opinión pública en forma immanente, como medios para el establecimiento de una “verdadera democracia”<sup>41</sup>. La igualdad política resulta insuficiente para el radicalismo democrático, y su tendencia homogeneizadora ha sido la fuerza detrás de la visión del socialismo como *culminación de la democracia*. La realidad totalitaria del socialismo, no obstante, ha permitido precisar de manera un poco más clara que el principio democrático requiere ser complementado con el principio

34/ Véase F. Gil Villegas M., “Democracia y Liberalismo en la Modernidad: Una Perspectiva Teórica” *Foro Internacional*, 4 (Octubre-Diciembre 1993), pág. 696.

35/ D. Rueschemeyer, E. Huber Stephens and J. D. Stephens, *Capitalist Development and Democracy* (Chicago: University of Chicago Press, 1992), págs. 58-59, 76-77, 271.

36/ See C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism* (Oxford: Oxford University Press, 1960).

37/ Gil Villegas, “Democracia y Liberalismo...”, pág. 692.

38/ Hanson, “Democracy”, pág. 85.

39/ Carl Schmitt, *The Crisis of Parliamentary Democracy* (Cambridge: The MIT Press, 1988), págs. 9, 14.

40/ Julio Ortega ha argumentado que “Actualmente prevalece la noción de una democracia homogeneizadora y universalista, basada en la ideología liberal...”; véase Ortega, “Jorge Castañeda...”, 4. Creo importante no confundir, por un lado, la internacionalización de la democracia, vista como un extendido propósito político contemporáneo, y por otro lado el tema de las cualidades y condiciones intrínsecas de la democracia. La ideología liberal busca la libertad del individuo, no la homogeneización de la sociedad. El radicalismo democrático, cuyas raíces modernas se originan en Rousseau y Marx, sí tiende a identificar democracia y homogeneidad socioeconómica.

41/ Herman Heller, *Teoría del Estado* (México: Fondo de Cultura Económica, 1971), págs. 193-194.

liberal y la economía de mercado para producir una democracia que, en efecto, por una parte proteja la libertad de las personas, y por otra parte garantice que la voluntad de la mayoría genere la legitimidad de

la autoridad política. Sin el mercado y sin el Estado liberal, la democracia degenera en dictadura. Esa es la lección crucial de la experiencia política de nuestro siglo.

### *La izquierda, la democracia y el mercado*

ES DIFÍCIL ESTAR EN DESACUERDO CON LA IDEA de que no exista un tercer principio de organización económica que sea distinto, por un lado, al principio del mercado competitivo en el cual nadie puede de modo exclusivo determinar los resultados para determinados grupos o individuos, y, por otro lado, el principio de dirección centralizada donde el grupo que detenta el poder político define autoritariamente los resultados del proceso económico. El control económico no es meramente el control de los medios necesarios para el logro de todos nuestros fines. Aquél que tiene el control de estos medios tiene también el poder de determinar qué fines van a buscarse, qué valores van a recibir atención prioritaria, y, en síntesis, qué debemos creer y por qué cosas vamos a luchar<sup>42</sup>. De allí que sea crucial, para el sostenimiento de una sociedad libre, que el Estado tenga límites no sólo en su poder político sino

también en su poder económico, a objeto de preservar un amplio espacio para la libertad de los individuos.

El socialismo es incompatible con la economía de mercado, y esta última no puede existir sin la propiedad privada de los medios de producción. La implantación del socialismo —entendido como tiene que serlo, es decir, como estatización de la economía y distribucionismo “desde arriba”— conlleva necesariamente a la abolición de la propiedad privada y su sustitución por la propiedad colectiva de los medios de producción. Semejante resultado siempre ha conducido y conducirá, dondequiera que se aplique, a la destrucción de la libertad que conocemos, con todas sus limitaciones pero también con todas sus ventajas. La llamada democracia “formal” o “burguesa”, que sigue siendo insatisfactoria para la izquierda, es la democracia liberal basada en el Estado de

Derecho y es consustancial a una economía de mercado (capitalista). Es verdad que la economía de mercado puede coexistir, y de hecho esto ocurre con frecuencia en América Latina, con formas políticas autoritarias; pero tal realidad en nada disminuye la validez del planteamiento de que sólo sobre la base de una economía de mercado puede levantarse una sociedad libre y democrática. Dicho de otra manera, la democracia liberal es la única que efectivamente, y no sólo en teoría, preserva un espacio para la libertad de las personas, y esa libertad —y la democracia que sostiene la libertad— es consustancial a la economía de mercado competitiva.

Sería absurdo negar que en una sociedad de hombres y mujeres libres existen desigualdades socio-económicas, pues la diversidad de aptitudes, conocimientos, habilidades, aspiraciones y suertes individuales, dentro de un proceso que nadie en especial puede determinar o predecir, genera necesariamente resultados distintos en cada caso particular. No obstante, esto no solamente no es negativo sino que es admirable, ya que las peculiaridades individuales son la fuente de la que surgen los innovadores, aquéllos cuyos logros personales ofrecen beneficios y abren caminos de

progreso a los demás. La idea de la igualdad homogeneizadora no sólo es utópica, sino que —como ha quedado demostrado hasta la saciedad— el intento de alcanzarla por la fuerza ahoga las energías creadoras de la gente, y establece una enorme desigualdad a favor de los que ejercen dicha fuerza, entre ellos los socialistas, que con tanta frecuencia transitan el camino desde la crítica a la democracia hasta el uso totalitario del poder político. Algunas de las peores tiranías que ha conocido la historia han sido el producto de la superficial quimera de perseguir la igualdad, sacrificando en el camino la libertad económica<sup>43</sup>.

La izquierda latinoamericana, sin embargo, no ha aprendido aún esa lección. Sigue en busca del socialismo, aunque ahora algunos hablen de un “verdadero Estado benefactor” como especie de sustituto<sup>44</sup>. En general, el pensamiento económico y político de la izquierda latinoamericana en nuestros días se caracteriza por su enorme confusión, su renuencia a admitir el fracaso del socialismo, y su empeño en seguir proponiendo para la América Latina una “utopía concreta”<sup>45</sup>, totalmente indefinida, a la que se alude en términos esotéricos como “la lucha por la expansión de la subjetividad, por la felicidad y por la

42/ F. A. Hayek, *The Political Order of a Free People* (London: Routledge & Kegan Paul, 1979), pág. 151.

43/ Véase R. Dubuc, *Hay Salida* (Caracas, mimeo, 1983), pág. 29.

44/ Castañeda, *Utopía Unarmed*, pág. 451.

45/ Garretón, *Transformaciones Socio-Políticas...*, pág. 11.

autoafirmación<sup>46</sup>. Hasta Fernando Henrique Cardoso, ahora presidente del Brasil, pareciera incapaz de superar los viejos dogmas y prejuicios, argumentando la necesidad de no “rendirse” ante la lógica del mercado, pero a la vez sosteniendo que “es necesario redefinir la cuestión de la dependencia”<sup>47</sup>. Cardoso apela al ya gastado argumento de que la mano invisible de Adam Smith “no es la perfección”<sup>48</sup>; pero éste no es el problema para la América Latina. El problema real se define inequívocamente así: ¿deben los países de la región abrirse a los mercados, interna e internacionalmente, o no? ¿Es necesario establecer un rumbo capitalista y democrático, o no? ¿La agenda democrática en América Latina, debe o no incluir la lucha por el socialismo?

Otros autores de izquierda también argumentan que América Latina requiere un “Estado desarrollista”<sup>49</sup>, pero este tipo de Estado, intervencionista y centralista, es precisamente lo que ha predominado en América Latina

por décadas (y ha fracasado). Lo que no ha tenido América Latina es un esfuerzo consistente para crear sociedades abiertas, democráticas, con Estados liberales y economías de mercado. Algunos autores de izquierda, como el peruano Henry Pease, aceptan que una nueva fórmula económica “tiene que combinar Estado y mercado como componentes que son inevitables y tiene que hacerlo sin dogmatismo”<sup>50</sup>. Esto luce aceptable, *en la medida en que quede claro que el socialismo no es el objetivo final*, que hay que arrojar la utopía socialista al “basurero de la historia” de que hablaba Trotsky, y que no se trata de un Estado intervencionista sino de un Estado *legalmente* (no económicamente) poderoso, que sostenga el Estado de Derecho y estimule la competencia y la productividad de empresas e individuos. Sólo por este rumbo será América Latina capaz de hacer frente a los grandes retos contemporáneos, a la globalización de la economía y la creciente competitividad internacional. Sólo por este rumbo será

capaz América Latina de crear riqueza y promover el bienestar de las mayorías, en un marco de libertad.

Si la izquierda latinoamericana continúa ocupándose de “diseñar utopías”<sup>51</sup> seguramente perderá lo que le resta de relevancia, aunque el proceso continuará afectando negativamente los esfuerzos para abandonar de una vez por todas los mitos socialistas y asumir las exigencias del capitalismo y la democracia liberal. No es, por cierto, imposible que, si los procesos de reforma económica y democratización actualmente en marcha en América Latina fracasan, si el tiempo de maduración de los cambios se acorta y la paciencia popular no aguanta, la izquierda latinoamericana vuelva a sus andanzas, culpe al “capitalismo salvaje” por todos los males de la

región, y rescite el espejismo de la democracia radical, el nuevo nombre de la utopía socialista<sup>52</sup>. Ello no significaría otra cosa que nuevas tragedias y fracasos para las diversas naciones latinoamericanas. Como bien lo expresa Eugene Genovese (un intelectual de izquierda que al final “vió la luz”), “los movimientos sociales que han abrazado el igualitarismo radical y la democracia participativa han comenzado con las masacres en masa y culminado en el despotismo”<sup>53</sup>. La izquierda ha sido incapaz, y lo seguirá siendo, de proponer una alternativa económica al capitalismo que sea eficiente y proteja la libertad de las personas. Si bien es cierto que la democracia liberal, la economía de mercado, y la prosperidad económica de las mayorías no siempre van juntas<sup>54</sup>, también lo es que el socialismo condena a los

46/ Ibid., pág. 10. No menos abstractas son las propuestas de Vilas de “reforma social y más amplia democratización que combine representación política con democracia social”, véase “Entre la Democracia y el Neoliberalismo...” pág. 42.

47/ Fernando H. Cardoso, “North-South Relations in the Present Context: A New Dependency” in: M. Carnoy, et. al., *The New Global Economy in the Information Age* (University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 1993), págs. 151-158.

48/ Ibid., pág. 151.

49/ M. Cavarozzi, *El Sentido de la Democracia en la América Latina Contemporánea* (Santiago: FLACSO Ediciones 1993, mimeo) pág. 28.

50/ Henry Pease G., *Los Años de la Langosta, La Escena Política del Fujimorismo* (Lima: La Voz Ediciones, 1994), pág. 26.

51/ Carlos M. Vilas, “Latin America and the New ‘World Order’: Prospects for Democracy”, *International Journal of Politics, Culture and Society*, 2 (1994), pág. 281. Tony Judt se pregunta, “¿Quién actualmente toma en serio las promesas marxistas, las garantías de futuros utópicos, aunque sean modestos?” La respuesta es: ¡la izquierda latinoamericana! Véase *French Intellectuals*, pág. 294.

52/ Según Castañeda, “el hecho de que las injusticias económicas y sociales que dieron origen a la izquierda en América Latina sigan presentes, y hayan empeorado, implica que aún existe un rol para la izquierda en el futuro”. Véase, Castañeda *Utopia Unarmed*, págs. 252-253. En otras palabras, la izquierda existirá hasta que seamos eventualmente capaces de construir una sociedad perfecta.

53/ Eugene Genovese, *The Southern Front: History and Politics in the Cultural War* (Columbia: University of Missouri Press, 1995), pág. 298.

54/ Como lo expresa Samuel Huntington: “La democracia política no es ciertamente incompatible con la desigualdad de riqueza e ingresos, y en alguna medida depende de esa desigualdad. Elevados niveles de igualdad económica sólo pueden ser mantenidos a través de muy altos niveles de coerción política”. Véase, “The Modest Meaning of Democracy” in: R. Pastor, ed., *Democracy in the Americas: Stopping the Pendulum* (New York: Holmes & Meier, 1989) pág. 20. Este punto de vista es, con alguna renuencia, admitido por Rueschemeyer, et. al., cuando afirman que “Visualmente todas las democracias avanzadas... están asociadas a economías capitalistas”. Véase, *Capitalist Development and Democracy*, 2.



pueblos al atraso y la opresión política, y que un economía capitalista es claramente compatible con la democracia, la libertad, y el progreso para muchos millones de seres humanos.

La izquierda latinoamericana, con algunas —muy pocas— excepciones, ha encontrado en extremo difícil dejar atrás definitivamente los mitos del pasado. Su evolución reciente parece confirmar las observaciones de Schumpeter acerca del socialismo como un “universo cultural”, como un “símbolo”<sup>55</sup>, de contenido siempre vago e indefinido. Se trata, no obstante, de un símbolo de elevado riesgo, pues la inevitable imperfección de las sociedades de democracia liberal y economía de mercado abre la posibilidad para el avance de ilusiones utópicas cuyo destino es el atraso y la opresión, pero cuyo atractivo temporal es en ocasiones incontenible.

La izquierda latinoamericana a veces admite que “estamos en camino, por así decirlo, pero sin saber precisamente *hacia dónde...* no tenemos ‘soluciones’ ni alternativas coherentes ante el

neoliberalismo... todavía estamos experimentando en torno a qué puede significar la igualdad social en el contexto de la economía globalizada del siglo XXI”<sup>56</sup>. Esta es una actitud superficial e irresponsable, que presagia nuevas tormentas en el complejo y frágil panorama político de la región.

Resulta quizás excesivo esperar que la izquierda, en América Latina y otras partes, abandone la utopía socialista. A la manera de Marx, los que se dicen de izquierda están convencidos de que las desigualdades y divisiones de clases sólo pueden ser superadas con la abolición del capitalismo. Es difícil que esta convicción ceda ante los argumentos, por ejemplo de un Max Weber, quien estaba persuadido de que estas divisiones sociales pueden ser minimizadas y trascendidas (aunque no abolidas) dentro del sistema capitalista<sup>57</sup>. De allí que el universo cultural socialista, a pesar de todas las tragedias que ha contribuido a generar, y de todos los fracasos que ha desencadenado, tiene una existencia asegurada en la medida en que el mundo que nos rodea siga siendo un mundo imperfecto. ☺

## Filosofía liberal y alternativa socialdemócrata

La diferencia esencial entre la filosofía liberal y la alternativa socialdemócrata no radica en la existencia de programas de protección social, sino en los principios que deben guiar su diseño. No se trata de discutir si se debe proteger o no al trabajador, ni tampoco de si el Estado debe asegurar o no la provisión de ciertos bienes básicos a los más desfavorecidos de nuestra sociedad; no se trata de dirimir si se ha de elegir entre buscar la eficiencia y abandonar a los más débiles a su suerte o “ser solidario”. La cuestión a discutir es si se protegen mejor los intereses generales (y en particular los intereses de los más débiles) ampliando o restringiendo el papel del mercado en la producción de los denominados bienes y servicios de protección social.

La política económica liberal se preocupa doblemente por mejorar la suerte de los más débiles; en primer lugar, porque considera que sus recetas aumentarán todo lo posible el bienestar material que se puede conseguir con los recursos disponibles y en segundo lugar porque especifica la necesidad de asegurar un mínimo de renta a quienes por cualquier causa no puedan ganarse la vida con su propio esfuerzo. Por lo tanto, carecen de fundamento las críticas que pretenden descalificar la filosofía liberal tachándola de “azote de los pobres y alimento de los poderosos”, críticas que se disparan desde la ignorancia o desde grupos de interés fácilmente identificables. Es un error intelectual o una infamia negar las buenas intenciones que alientan las propuestas económicas liberales, como también lo sería negar esta cualidad a otros idearios que concurren en la vida política. El liberalismo no niega que la política inspirada en otras filosofías intente conseguir objetivos loables; lo que niega es la coherencia lógica entre los medios y los fines de dichas políticas. A quienes se consideren representantes de otros idearios, o simplemente enemigos del liberalismo, se les ha de exigir que traten como son tratados. Esto es, que respeten las intenciones de las ideologías rivales, que se defiendan de los ataques a la coherencia ilógica de sus programas y que expongan su crítica de la estructura lógica de los programas propuestos por la derecha liberal.

José Luis Feito  
Político español

55/ Véase R. A. Packenham, “The New Utopianism: Political Development Ideas in the Dependency Literature”, (Washington, D.C.: The Woodrow Wilson International Center, Latin American Program, Working paper 19, 1978), págs. 14-15.

56/ Sussane Jonas, “Reflections on ALAS’95” *LASA Forum*, 4 (Winter, 1996), pág. 10.

57/ See David Beetham, *Max Weber and the Theory of Modern Politics* (London: Polity Press, 1985), pág. 242.